

Los hijos pródigos

Las grandes fortunas que andan escondidas (bien debajo de las losas de casa o bien en las cajas fuertes de instituciones financieras de un bien reconocido prestigio en su ausencia de escrúpulos) serán bienvenidas en fechas inmediatas a la voz de un gobierno misericordioso que sale directamente al encuentro de ese hijo pródigo que un día pensó que lejos de casa se vivía mejor. Mientras, los mejores patriotas se habían dedicado a trabajar, si era posible, en un contexto en el que no se les permitía el menor de los excesos: después de orgías pasadas en las que se llegaba a disparar... ¿con pólvora del rey?, ahora se practicaba un falso ascetismo... que lleva a la hostelería a pagar los platos rotos.

Estas grandes fortunas no tienen mala conciencia por haberse llevado el dinero: al fin y al cabo era la parte de la herencia que a ellos les correspondía; habían sido, en su complaciente conciencia, más trabajadores que esos otros hermanos anclados en un servilismo al Estado que les llevaba a depender de él. Ellos, eran los precursores de una nueva forma de crecimiento que, como era consentida por el papá-Estado, estaba justificada su no participación del Bien Común.

¿Y se cree este “padre misericordioso”, revestido de la autoridad de Estado que sólo se le concede desde la representatividad del hijo que está en su sitio “a las duras y a las maduras”, que la vuelta del hijo pródigo se hará convencido de su error y desde un arrepentimiento cierto? No, este padre, al igual que el bíblico que nos presenta el evangelista Lucas en su capítulo 15, sabe que el hijo vuelve igual de sinvergüenza que se fue. Y eso es lo que nos debe quedar como aprendizaje a los españoles que por aquí lo somos: también es imprescindible la colaboración de los sinvergüenzas en esta empresa colectiva que se llama España.

Y, al igual que el hijo mayor de la parábola, los que aquí siempre “nos hemos portado”, tampoco sabemos recibir la buena noticia de la vuelta de estos sinvergüenzas que nunca dejaron de estar: nos ha tenido que calmar el gobierno a través de un “tienen que pagar el 10% de lo escondido, pero luego habrán de responder anualmente a través de su declaración del IRPF”... ¡Pues no faltaba más!

Y es que, si en algo se le parece el gobierno al Dios de la Biblia es en lo complicado que es entenderlo y lo puñeteros que somos sus hijos: si estamos distantes de la Casa, tenemos nuestras razones, ajenas casi siempre al Bien Común y a la responsabilidad con el prójimo; si estamos cercanos, nos acostumbramos a vivir sin ese prójimo... y esa vuelta se nos hace molesta, en vez de motivo de satisfacción.

Fecha: 24/04/12

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL